

La Biblia, libro del catequista

XABIER PIKAZA

Introducción

El catequista es un hombre (varón o mujer) que, habiendo hecho el camino cristiano, sabe y quiere acompañar a otros para que también ellos puedan realizarlo de manera más intensa y más segura.

Eso significa que *el catequista es un iniciado y un iniciador*. Es iniciado porque ha recorrido los caminos de la maduración cristiana, en clave de conocimiento, experiencia interior y compromiso: ha descubierto la riqueza del misterio de Jesús y quiere transmitirlo a los demás. Por eso se convierte en iniciador: sabe decir lo que ha vivido, acompañando a otros creyentes en el proceso de su transformación evangélica.

Lógicamente, *el catequista es un hombre de Iglesia*. De la Iglesia ha recibido su fe; en la Iglesia ha madurado en el Evangelio, para el cual la Iglesia quiere educar en madurez a los creyentes. Así podemos llamarle educador de fe en el sentido radical de esa palabra, que incluye conocimientos, actitudes, experiencias interiores y compromisos comunitarios.

Dentro de la Iglesia, el catequista es un hombre *carismático*: tiene la gracia de transmitir lo que vive. Por eso, no es bueno que esté ligado a un «oficio» permanente que se puede convertir en rutina o formalismo. Es bueno que no pertenezca a

una jerarquía muy oficializada que acaba dando la impresión de que transmitir la fe es un gesto de poder a través del cual se acaba controlando al conjunto de los cristianos. Carisma de amor y vida comunitaria es la fe; carismáticos habrán de ser (voluntarios del Evangelio) los que quieran transmitirla.

Pero, al mismo tiempo, este carisma de libertad forma parte necesaria del conjunto de la Iglesia. En un sentido general, pudiéramos decir que la misma jerarquía oficial (obispos y presbíteros) está al servicio de esta misión carismática, nunca jerarquizable y nunca controlable, de hacer que los llamados maduren en la fe. Pero con esto entramos en temas que desbordan nuestro planteamiento. Lo que queríamos decir es que *el libro de la catequesis* no puede ser nunca un manual impuesto u ofrecido por la jerarquía; estrictamente hablando, no existen catecismos oficiales en la Iglesia; no existen formularios cerrados de cristianización, ni en forma de cursos de dogmática ni en forma de manuales de práctica cristiana. El libro de la catequesis no puede ser otro que *el libro de la Iglesia*, libro que ella pone en manos de sus fieles, como expresión de su camino de fe y del misterio donde viene a expresarse su esperanza.

No hay otro catecismo que la Biblia, pero se trata de una Biblia entendida como libro de fe y vida de una comunidad creyente que lo asume como expresión fundante de su experiencia y que lo ofrece a sus miembros (fieles) como guía de su palabra, de su compromiso de caridad y de su celebración gozosa de la pascua. La Biblia es el libro de la catequesis porque es *libro de Cristo*, es decir, el libro mesiánico de los creyentes: testimonio de la esperanza que conduce hacia Jesús y que en Jesús ha culminado para abrirse hacia todos los pueblos de la tierra.

Ciertamente, la Biblia entraña cierta dificultad, como expresión de una cultura literaria en gran parte ya pasada; es difícil porque incluye textos y relatos de diversos tiempos y lugares, como si ella fuera, más que un libro, una especie de extraña biblioteca donde se recogen mitos viejos y sermones, historias ejemplares y oraciones, discusiones sobre sacrificios, prome-

sas de esperanza mesiánica y juicios sobre los pecados de la historia. ¿Cómo pueden vincularse tantos textos? ¿De qué forma podemos emplearlos?

Parece que hemos entrado en una contradicción. Sabemos que la catequesis ha de ser camino de iniciados: método que lleve a madurar de una manera progresiva en lo cristiano. Por eso, desde tiempo antiguo se han hecho unos *compendios de catequesis*, unos libros que suelen llamarse *catecismo*, donde, en forma más o menos extensa, se recogen los aspectos más salientes del misterio cristiano. El último de esos compendios ha sido el *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por Juan Pablo II el 11 de octubre de 1992. Pero tanto el *catecismo base* (Biblia) como los otros *catecismos auxiliares* (incluido este último) parecen convertirse en libros de gran dificultad: la *Biblia* es difícil por lo multiforme y por lo antigua; estos *nuevos catecismos* son difíciles por su afán de sistematización y complejidad.

¿Qué hacer? Lo primero será el valerse de los *catecismos* (antiguos y nuevos) sólo en la medida en que nos sirvan para penetrar mejor en el *único catecismo oficial y fundante* que es la Biblia. El esfuerzo por penetrar en estos catecismos es algo derivado y vale sólo en la medida en que ayude a introducirnos de forma gozosa, celebrativa y comprometida en el gran libro de la fe que es la Biblia.

Y vuelvo al tema: ¿No hay en todo esto una contradicción? La Biblia es el libro instituyente de la Iglesia, es su *ley fundamental* (de historia de amor-gracia), es su *constitución permanente*. Pues bien, ¿puede una sociedad moderna como es ella vivir de una constitución de hace 2.000 años? ¿Qué diríamos de un estado ruso o chino, español o peruano que tuviera como texto oficial de su vida un libro complejo y multiforme, escrito por más de 100 autores, hace más de 2.000 años? Diríamos que se trata de algo especial, algo muy raro. Eso especial y eso raro es lo que pasa con la Iglesia.

Más aún, debo afirmar que todos los esfuerzos por «modernizar» la Iglesia, dándole una *ley fundamental*, un tipo de consti-

tución nueva y exacta, adaptada a los tiempos que ahora corren, resultan equivocados, son falsos. Todos los esfuerzos por ver un catecismo como libro oficial de la Iglesia católica son malos. No tenemos otro catecismo que la Biblia. No tenemos otra constitución que el mensaje-vida de Jesús, no tenemos otro libro de base que la historia-oración de los judíos, dirigida por caminos gozosos hacia el Cristo.

La Iglesia vive el mensaje de la Biblia. Por eso lo recibe en actitud de fe y de esa manera la actualiza y lo cultiva en su liturgia. Así podemos decir que ella nace de la Biblia; pero, al mismo tiempo, debemos añadir que *la Biblia se actualiza y se vuelve comprensible en la Iglesia* que la acoge y la predica, la expresa en su mismo compromiso de vida y la celebra.

Pero dejemos ya el lenguaje general y vengamos a los datos más concretos de nuestro contacto con la Biblia. Hay personas que pueden haberse encontrado con ella por afán intelectual, por exigencias de estudio o de cultura. La mayor parte de nosotros, los cristianos, hemos conocido y asumido los más fuertes contenidos de la Biblia a través de la tradición eclesial, en la predicación litúrgica, en la celebración sacramental. Sólo en un segundo momento hemos venido a la Biblia como libro de lectura. Y con esto pasamos ya a los temas más precisos de nuestro encuentro con ella como catequistas.

I. La Biblia como libro de experiencia creyente

Hay libros que se conocen cuando se empiezan a leer por vez primera. Otros se conocen de algún modo antes de haberlos leído. Entre éstos se encuentra la Biblia. Recordemos algunos de nuestros campos de contacto con ella.

La Historia Sagrada. Muchos de nosotros pertenecemos a una generación que ha vivido desde la infancia en contacto con los grandes personajes de la Escritura judeocristiana. Sabíamos quiénes eran Adán-Eva; habíamos seguido la aventura del Diluvio, los caminos de Abrahán; conocíamos los nombres de los

doce patriarcas de Israel, lo mismo que la bella «leyenda» sobre José vendido como esclavo a los egipcios... Moisés nos era familiar y familiares los nombres y los hechos principales de David y otros antiguos reyes de Judá antes de Cristo. Evidentemente, conocíamos la historia de Jesús con lujo de detalles, lo mismo que otros «hechos» de la vida de Pedro y los apóstoles. Sin haberlo pretendido, estábamos en contacto con la Biblia.

La iconografía y la hagiografía. Nos enseñaron a mirar los grabados y dibujos de los libros que formaban una especie de «Biblia Pauperum» o Escritura preparada para aquellos que no sabían ni leer. Así leímos también en las historias de los grandes retablos de las antiguas iglesias. Nos perdíamos quizá en detalles menos importantes; corríamos el riesgo de caer en lo anecdótico, pero en general estábamos ilustrados en el espíritu de eso que pudiéramos llamar el «audiovisual bíblico», pues siempre encontrábamos un maestro o un amigo mayor que nos explicara el sentido de los retablos, escenas y dibujos. Esa era nuestra Biblia.

Biblia era la predicación, al menos en algunos de sus mejores momentos. Es cierto que abundaban los sermones de tipo moralizante, centrados en detalles más o menos secundarios sobre la conducta de los hombres. Se cargaban las tintas en lo sentimental, en la retórica de las emociones..., pero también había numerosos sermones de tipo bíblico que nos ayudaban a entender sobre todo las parábolas del Evangelio y las escenas principales de la vida de Jesús. De esa forma pienso que estábamos «formados en la Biblia»; posiblemente la conocíamos mejor que muchos de los nuevos «cristianos» que la tienen en su casa, pero no han pasado por la escuela de la predicación, la iconografía y la historia sagrada; leen alguna vez unas páginas de la Biblia, pero no la entienden mucho.

Esta interpretación de la Biblia tenía sus ventajas: nos llevaba a lo esencial, nos ofrecía una valoración de los motivos y los textos, de los acontecimientos y figuras principales. En ese sentido, tenemos que decir que la mejor lectura de la Biblia, en

sentido creyente, es aquella que nos sigue ofreciendo la Iglesia, sobre todo en su liturgia. Quiero insistir en este punto: para entender la Biblia como «texto» religioso hay que vivirla desde la catequesis y liturgia de la Iglesia.

Con esto puedo pasar de la antigua a la nueva formación cristiana. Quizá tengan que ser más críticos los libros de «historia sagrada»; parece que se debe cuidar mejor la iconografía; es también posible que debamos conceder menos importancia a un cierto tipo de predicación. Todo eso resulta comprensible. Lo que sigue siendo fundamental, lo que ha debido resaltarse aún más en los últimos años es la comprensión litúrgica y sobre todo pascual de la Biblia.

La Biblia es un *libro de liturgia*, es decir, un *libro de la praxis* cristiana. Tomemos como ejemplo la celebración de la Vigilia Pascual. Ella constituye el *lugar hermenéutico* privilegiado para la interpretación de la Escritura, en perspectiva cristiana. Recordemos alguno de sus elementos:

1. *Textos clave*. La Vigilia Pascual sistematiza, en orden catequético, los textos fundantes de la Biblia: creación, historia de Abrahán, experiencia del Exodo y diversas lecturas de profetas que se abren hacia el mensaje pascual del Evangelio reasumido y reinterpretado por la Iglesia (lectura de Pablo). La noche pascual se convierte de esa forma en una representación de conjunto de la Biblia: sus viejos textos dejan de ser libro leído (o estudiado) y se convierten en escenas o momentos de un presente salvífico dentro de la Iglesia.
2. *Claves para un compromiso*. La lectura de conjunto de la Biblia, culminada en la Pascua de Jesús, se convierte en palabra básica para un compromiso creyente, reflejado en la renovación de las promesas bautismales. Eso significa que la Biblia sólo se comprende donde se convierte en palabra de llamada a conversión y nuevo nacimiento. Frente a la verdad de la teoría viene a explicitarse aquí una nueva verdad que se interpreta como *praxis* o principio de vida renovada.

Dejo a un lado otros aspectos de oración y experiencia celebrativa que convierten a la Biblia en manual de «renacimiento» cristiano y termino este primer apartado recordando algo que para muchos cristianos ha sido algo sabido (casi obvio) a lo largo de los siglos: la Biblia no se entiende si es que sólo queremos entenderla como libro de cultura, al modo de los sabios (filólogos) del mundo; dentro de la Iglesia, escuchando su palabra y participando en su liturgia, los cristianos entienden ya la Biblia (al menos de algún modo) antes de leerla.

Esto significa que los catequistas no vienen a la Biblia partiendo de la nada; no la toman en la mano como si tomaran los Vedas de la India, el libro de Mormón, el Corán o el Tripitka. Los catequistas, que han seguido por años un proceso de iniciación cristiana, conocen ya las partes más importantes de la Biblia (sus relatos principales, sus historias más profundas, su mensaje central) antes de tomarla expresamente en las manos para así estudiarla de un modo más técnico y preciso.

II. La Biblia como libro de lectura directa

Pero llega un momento en que el catequista puede (y debe) tomar de una manera personal la Biblia, para enfrentarse directamente con sus textos principales y entenderla desde dentro. Este es un paso normalmente difícil y arriesgado, si es que el catequista no ha tenido la suerte de encontrar un guía que oriente su lectura.

Es momento difícil pero necesario. No basta con decir «doctores tiene la Iglesia que os sabrán explicar este pasaje»; no se pueden recibir explicaciones constantes desde fuera. Cada catequista (varón o mujer) habrá de ser capaz de enfrentarse con autoridad a los pasajes y temas principales de la Biblia para así vivirlos y explicarlos de manera propia. No tenga miedo. La Biblia no es un libro para especialistas, no es un texto para superdotados, sino un libro para todos los creyentes que quieran dedicar un tiempo a su conocimiento.

Leer significa ponerse de forma inmediata ante los textos. Ya no estoy ante una *selección* bien cuidada de pasajes que vuelven cada año en la liturgia y que se explican en forma de homilía. No han puesto en mi mano un buen *misal* donde la Biblia está al servicio de la celebración, ni tampoco un *breviario* donde los pasajes de Escritura se abrevian y organizan en contexto de plegaria. Estoy, sin más, ante una *Biblia* y siento que debo leerla por mí mismo.

La *primera dificultad* está en que debo emplear traducciones. Sé que los originales fueron escritos en hebreo, arameo o griego. Normalmente no domino esas lenguas y tengo que escoger una traducción. Hay muchas buenas. Será normal que pregunte a un experto. Me dirá que la *Biblia de Jerusalén* (DDB, Bilbao) es buena a nivel de catequesis y, de forma especial, por sus introducciones y sus notas. Añadirá que en plano literario le supera la *Nueva Biblia española* (Cristiandad, Madrid) o la *Biblia del Peregrino* (Verbo Divino, Estella). Si el consejero es un purista me dirá que utilice la traducción de *Cantera-Iglesias* (BAC, Madrid), por su fidelidad a los textos originales... Hay, en fin, otras buenas traducciones como la que ofrece *La casa de la Biblia* (Madrid) o la *Biblia latinoamericana*. Pero este es un problema pequeño. Los grandes empiezan al enfrentarse con el texto en sí mismo.

La *segunda dificultad* viene dada por el trasfondo cultural. La Biblia está escrita a lo largo de más de mil años. En ella se contienen viejos cánticos de guerra, cosmovisiones de tipo casi mítico, listas genealógicas de tribus, rituales religiosos sobre sacrificios, poemas de amor, oraciones litúrgicas y toda una serie de códigos legales de carácter social y religioso. Por otra parte, en el trasfondo de la Biblia está latente una vieja cultura cananea; hay conflictos de tipo político, textos sapienciales, reflexiones moralistas y pasajes de crítica profética. Entrar en ese mundo exige cierto esfuerzo. Por eso será bueno ir consultando introducciones que permitan situar los textos dentro de su propio espacio cultural y religioso.

La *tercera dificultad* está en la misma forma literaria de los textos. Decimos los cristianos que Dios se ha encarnado en Jesu-

cristo. Pues bien, ampliando esa visión, añadiremos que su palabra se ha encarnado en un proceso literario muy extenso de tal forma que para captar su manifestación debemos recibirla y acogerla teniendo en cuenta las formas expresivas que utiliza: es distinto el lenguaje de un ritual sacrificial o de un relato etiológico (que intenta explicar algo pasado); es distinta una confesión de fe o un oráculo profético... El concepto de historia es distinto para nosotros y para los antiguos, lo mismo que es distinto dentro de los varios momentos o pasajes de la Biblia. Esto nos invita a entender los textos desde sí, descubriendo y valorando su diversidad.

La *cuarta dificultad* reside quizá en la forma de entender esa verdad a que aludimos. Nos han dicho que *Dios habla en la Biblia* y pensamos que la palabra de Dios ha de venir como al dictado: un ángel va diciendo letra a letra a Moisés y a los profetas, a los evangelistas y a los apóstoles aquello que deben escribir, de manera que se ajusten perfectamente a los hechos. Todo debería pasar como está dicho, pues *la Biblia tenía razón*. Si es que vale ese lenguaje, debemos afirmar que *la Biblia tiene razón*, pero la tiene en forma humana: en el camino de una elaboración y búsqueda, de una explicación larga y costosa de los acontecimientos del pasado. Sólo en ese camino de exploración y tanteo, siempre atento a la manifestación de lo divino, se va haciendo verdad la Escritura. Por eso, ella debe entenderse en su conjunto, como expresión limitada y progresiva del misterio que ha venido a culminar en Cristo. Eso significa que unos textos deben entenderse desde otros y todos desde el conjunto de la revelación que encuentra su «sello» y plenitud en la pascua de Jesús.

La *quinta y última dificultad*, dentro de este esquema, viene dada por la misma multiplicidad de textos que pueden parecer contradictorios o, por lo menos, embarullados e inconexos. Más que un libro, la Biblia es, como su mismo nombre indica, *una biblioteca* o conjunto de libros. ¿Cómo orientarse dentro de ella? Es evidente que sus recopiladores han hallado un orden. Por eso han seleccionado estos libros, poniéndoles en cierta continuidad y rechazando otros textos que parecían contrarios al

espíritu de Israel o menos importantes (los apócrifos). La misma Iglesia, cuando nos ofrece estos libros como testimonio y prueba de su fe, supone que ellos forman un conjunto unitario. Pero esa unidad se nos escapa muchas veces: la Biblia nos parece un mosaico de temas, cuestiones, libros y experiencias. Por eso tenemos a veces el deseo de leerla un poco a lo que salga, escogiendo aquí una página, allí otra, sin más criterio que la casualidad o el deseo del momento.

Pero con esto planteamos una serie de temas que debemos estudiar con mucho más cuidado. Lo haremos distinguiendo, de manera algo convencional, dos planos: uno de ciencia (estudio histórico-literario de la Biblia) y otro de fe (estudio creyente). Pienso que ambos planos se implican, pues no existe una lectura puramente «neutral» de los textos antiguos, sin connotaciones teóricas; pero en forma general podemos verlos separados, para luego vincularlos.

III. Lectura científica (técnica) de la Biblia

El catequista es un hombre que, habiendo recibido la Biblia de manos de la Iglesia y teniendo que explicar su contenido a otros creyentes que están haciendo el camino de la maduración cristiana, quiere conocerla con un poco más de profundidad. Por eso es normal que le dedique un tiempo: que haga una especie de *curso bíblico*, de forma que pueda sentirse de algún modo experto en la Escritura.

Ese curso bíblico se puede concebir y realizar a muchos niveles. Por eso exigirá métodos y medios diferentes en cada caso. Pero, de un modo general, diría que se puede partir de los siguientes supuestos:

1. El catequista viene ya *sabiendo lo que es la Biblia*, conforme a todo lo que aquí hemos señalado. Sabe sus temas, sus momentos principales, su argumento. Por eso debe tener una confianza fundamental ante el texto. No quiera exagerar su dificultad, no acentúe sus «misterios» en el sentido

peyorativo de la palabra. Al enfrentarse de manera personal con la Biblia, el catequista se introduce en algo que «ya es suyo»: viene hacia su propia casa, llama en la puerta de su propia historia.

2. Sepa el catequista que *la Biblia es un libro culto pero no técnico* en el sentido moderno de la palabra. Es un libro publicado en general para que todos puedan entenderlo. Los textos «esotéricos», propios de grupitos de iniciados, no han sido incluidos ni en la Biblia hebrea ni en el NT.
3. Sepa siempre que las introducciones y comentarios valen sólo en la medida en que nos capacitan para *leer mejor la Biblia*. En algún momento ha podido producirse una especie de inversión: parece que nos preocupan las interpretaciones, los contextos sociales o literarios, los pequeños problemas de especialidad, cuando lo verdaderamente central ha de ser el mismo texto. Por eso, el catequista debe manejar libros de consulta histórica, literaria, teológica; pero sin olvidar nunca que el objetivo de su estudio es el conocimiento directo de la Biblia.
4. No se limite a repetir siempre *unos pocos pasajes de la Biblia* siguiendo para ello su propio gusto o la selección que ofrece la liturgia. Hemos señalado ya el valor de esos textos «seleccionados» y, de alguna forma, comentados por la misma estructura y momentos del año litúrgico (sobre todo en los ciclos de Pascua y Navidad); pero en un momento determinado el catequista debe dar el «salto» a la totalidad de la Escritura, para así leerla y aplicarla personalmente. Tampoco se deje llevar sin más por las selecciones que le ofrece el ambiente teológico o social en el que vive, destacando sólo los pasajes de crítica social («biblia marxista») o los de una devoción más intimista («biblia piadosa»). Intente descubrir y gozar toda la Biblia.
5. Pero *no se ponga a leer la Biblia de corrido*, pues pronto se perderá dentro de ella y terminará por aburrirse. La Biblia es como una gran ciudad donde coexisten zonas viejas,

hermosas pero enmarañadas, barrios que parecen de derribo, plazas nuevas, calles anchas, pasadizos, túneles y torres que ofrecen una buena vista de conjunto. Toda la ciudad es buena, toda merece ser visitada y conocida. Pero debemos tener paciencia. ¿No será preferible ayudarnos de un mapa? Hay otros que han recorrido calles y plazas, iglesias y museos de la gran ciudad, escribiendo después una guía para así ayudarnos.

Es normal que echemos un vistazo de conjunto y que, alguna vez, nos dejemos perder por las callejas: que leamos las genealogías de *Números*, los códigos sacrificiales de *Levítico*, las exhortaciones piadosas de *Deuteronomio*. Es normal que nos sintamos algún día encantados, pero otro día ahogados en la zona de cambios (¿abismos? ¿cataratas?) de profetas como Isaías donde se mezclan y alternan los estilos más diversos. Podremos descansar en los sinópticos, soñar con Juan, gozar y sufrir con las duras galopadas de San Pablo, perdernos en los signos del *Apocalipsis*... Es normal que hayamos echado un vistazo y tengamos cierta idea general. Pero luego debemos acudir a un guía.

Ese guía son las introducciones o libros como los de Charpentier (*Para leer el AT y Para leer el NT*, Verbo Divino, Estella). Consultemos quizá con un experto y después tengamos un poco de paciencia. Una ciudad como la Biblia no se gana en una hora; es una ciudad y plaza que lleva toda la vida, ofreciéndonos siempre nuevos tesoros de experiencia, de gozo y de belleza. En el NT no encontraremos demasiado problema: tendremos que empezar leyendo los evangelios sinópticos, uno a uno, de principio a fin, con tiempo para reflexionar en ellos, descubriendo así sus rasgos más salientes. Luego podremos empezar con Juan y pasaremos lentamente a las cartas de San Pablo (a las restantes cartas y al libro de los *Hechos*) para terminar con el *Apocalipsis*.

No sería malo ir consultando algunos comentarios, pero procurando que ellos no nos pierdan, no nos lleven a cuestiones secundarias, porque lo que importa de verdad es siempre el texto.

He colaborado en la publicación de una hermosa *Biblia del Catequista. NT* (DDB, Bilbao y Padres Paúles, Madrid), escribiendo unas guías de lecturas literaria y teológica a los cuatro *Evangelios* y a *Hechos*. Libros como ése pueden resultar muy útiles, si se amplían al conjunto del NT y luego también al AT, ofreciendo de esa forma un *texto bíblico*, pero estructurado y comentado para una lectura de conjunto.

Más compleja es la lectura del AT, no sólo por la mayor distancia cultural sino también por la misma complejidad del texto. Será bueno que el catequista vaya distinguiendo las diversas áreas de lectura. Puede emplear para ello el libro de Charpentier que acabamos de citar o también el de J. L. Sicre, *Introducción al AT* (Verbo Divino, Estella) o algún otro manual que le recomienden. Lo que tendrá que hacer muy pronto es dividir los materiales, para leerlos de una forma estructural. Un posible esquema es éste:

1. *Biblia orante: Salmos*. Hay en el AT más textos de oración, pero el principal es el libro de los *Salmos* o cantos litúrgicos. Será bueno que el catequista los ponga a un lado y los lea (los ore) con cierta frecuencia. Ellos formarán parte valiosa de su libro de oraciones (Oficio Litúrgico, Laudes, Vísperas).
2. *Biblia histórica*. Será bueno que el catequista haya leído una *Historia de Israel*; de esa forma podrá situar y entender mejor los grandes libros históricos que son *Jueces*, *1-2 Samuel*, *1-2 Reyes*, *1-2 Crónicas* y *1-2 Macabeos*. Esa historia forma parte del camino de la salvación; es contexto en el que viene a explicitarse la palabra de Dios.
3. *Pentateuco (y Josué)*. Ofrecen la experiencia constituyente de Israel. Son libros donde se recogen recuerdos históricos que han sido tamizados y reconstruidos por la fe del pueblo (patriarcas, Moisés, conquista de la tierra); libros donde se describe el origen de todas las cosas (*Gén 1-3*) o se establecen los códigos civiles y religiosos de la vida del pueblo. No será bueno leer todo seguido ni empeñarse en entender

todo con la misma claridad. Será bueno que el lector sienta la extrañeza ante ciertas leyes del *Levítico* o se pierda un poco en las genealogías de *Números* o ante el ceremonial del santuario de la segunda parte del *Exodo*. Así disfrutará mejor las partes más teológicas de *Génesis*, de *Exodo* o de *Deuteronomio*.

4. *Profetas*. Forman un mundo fascinante, pero hay que prepararse un poco para conocerlo y disfrutarlo por dentro. Léase en cada caso una pequeña introducción para distinguir algunos niveles del texto (sobre todo en *Isaías*, *Jeremías* y *Ezequiel*). Siéntase por dentro la fuerza extraña de la palabra creadora del profeta que pone a los hombres de su tiempo ante el gran signo de la voluntad de Dios (que es juicio y es gracia).
5. *Narraciones ejemplares*. Hay en el AT una serie de textos que pudieran llamarse «novelas ejemplares»: libros para edificación y solaz, historias moralizantes de hechos que no han sucedido pero pudieran suceder. Cuentan hermosas aventuras que hablan de la providencia de Dios. Así podemos entenderlas y gozarlas todavía, sabiendo que son AT (y no revelación plena de Dios en Jesús): Jonás, Tobías, Ester, Judit, Rut y, en gran parte, las narraciones de Daniel.
6. *Textos sapienciales*. Hay en la Biblia una serie de libros que se esfuerzan por penetrar de una manera meditativa y racional en el misterio del dolor (*Job*), de la cambiante fortuna de las cosas (*Eclesiastés*) o del sentido de la Sabiduría que dirige la marcha de la historia (*Sabiduría*). En esta línea están los refranes de *Proverbios* o los poemas de amor recopilados en *Cantar de los Cantares*.

Para más divisiones y momentos de la Biblia acuda a los comentarios especializados o consulte con un experto. Será hermoso que usted mismo llegue a conocer ya ciertas calles y barrios de esta gran ciudad que es la Escritura. Pronto sabrá circular por esa *Calle Mayor* que viene de la Creación (*Gén* 1-3) y pasando por Abrahán (*Gén* 12-25) y por Moisés, a través de

algunos textos proféticos como *Is 40-56*, llega a la *Gran Plaza* de los *Evangelios* donde se describe la historia de Jesús. Pero es normal que sienta curiosidad y que, poco a poco, se vaya aventurando por otros barrios y calles menos transitadas. Es bueno que llame a un guía, que lea una introducción. Pero en un momento determinado preferirá caminar a solas, deambulando, preguntando, dejándose sorprender por la belleza de los temas.

Es aquí donde hallará su verdadero *catecismo cristiano*. Seguirá teniendo a un lado (para momentos de duda especial) el *Catecismo de Trento* o el más nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*. Pero ni uno ni otro le saciará. Sabrá que su libro de crecimiento humano y cristiano es la Biblia, leída y celebrada en la liturgia oficial de la Iglesia, pero asimilada y disfrutada de un modo muy especial en su propio camino de exploración y lectura.

No olvide nunca esa *Calle Mayor* (camino del AT) que lleva a la *Gran Plaza* (vida y pascua de Jesús): sepa que allí encuentran su sentido y centro todos los restantes temas. Por eso, si en un momento le parece que se pierde, vuelva hacia esa arteria principal del tráfico y vida de la Biblia. Pero no deje nunca de buscar también en otras calles, en otros barrios.

Es hermoso que en la Biblia coexistan edificios de diversos tipos, zonas muy distintas de experiencia. Todas han sido conservadas, con gran respeto por la diversidad, para que puedan servir de orientación o referencia en un camino multiforme. Allí están las leyes de edificación del santuario (cf. *Ex 25-40*), que yo no tengo que observar más, como testimonio de un tiempo, gracias a Dios, ya superado; está el ritual de sacrificios y perezas (*Lev 1-16*) que parece arrancado de un mundo muy distinto al nuestro, como expresión de una mentalidad centrada en el miedo y el culto a la sangre; están, en fin, mil normas y visiones de tipo legal (a veces legalista) que me sirven para conocer lo que ha sido el camino de Dios con los hombres...

Es bonito que todo eso se conserve en el Libro. Recordemos que la Biblia no es sólo *Código de aquello que ahora somos*

sino también un *testimonio de cómo hemos llegado a serlo*. Quien olvida su pasado destruye su presente; quien borra las huellas del camino termina siendo incapaz de encontrar dirección hacia el futuro. Es hermoso que en la Biblia se conserven con toda reverencia y meticulosidad esas calles y plazas ahora deshabitadas de muchos de sus libros (en clave de leyes, purezas, guerras, sacrificios...).

Nadie vive ahora en esas calles. Ningún cristiano (ni aun judío) cumple las cosas que muchos libros de la Biblia dicen. Pero es hermoso que así sea. Hermoso que se conserven *leyes que no se cumplen*, pero que han dado paso a los nuevos principios de vida que se fundan en Jesús y que se abren para todos los creyentes (los humanos). Gran parte de la Biblia es como un museo vivo donde entramos no por curiosidad, para seguir después y olvidarnos. Entramos allí y así hacemos un alto en el camino para redescubrir nuestro origen y para conocernos mejor, como participantes de una historia.

Este «paseo» por el pasado de la Biblia, por los barrios antiguos de esa gran ciudad de nuestra salvación, puede parecer inútil para aquellos que sólo quieran centrarse en lo inmediato, conforme a los criterios de una *cultura del consumo*: las cosas se hacen para que duren poco, se utilizan durante un breve tiempo, luego se tiran. ¿Qué hacemos con una Biblia donde se conservan (¿almacenan?) los restos culturales de siglos ya pasados? ¡Con la Biblia nos hacemos personas! Descubrimos de verdad lo que somos (quiénes somos) y así nos podemos reconocer, recorriendo el camino de nuestra propia humanización.

Nadie puede hacerse humano por nosotros. Nadie puede recorrer por nosotros la aventura creadora de la salvación. Somos humanos, nos hacemos cristianos, en la medida en que asumimos el pasado de la historia salvadora. Este ir caminando por la Biblia, desde la liturgia y praxis de la Iglesia, constituye un elemento central de nuestra maduración cristiana.

No se trata de *turismo barato*. El precio hay que pagarlo, no en dinero pero sí en tiempo y dedicación. No hace falta una

cultura técnica imponente. Basta una buena voluntad y un deseo fuerte de maduración cristiana. Habrá que dejar a un lado otras «diversiones» como puede ser aquella de ocuparnos sólo de las aventuras amorosas o sociales de los culebrones del momento. Quien quiera ir penetrando en la Escritura ha de mostrar cierta *voluntad de ascesis*: no se deja guiar simplemente por otros; no quiere que ellos le resuelvan el camino desde fuera; tiene que recorrerlo él mismo, a su propio ritmo, con sus propias inquietudes y preferencias.

Irá descubriendo que *la exploración merece la pena*. Dentro de un mundo deseoso de novedades fáciles descubrirá la más apasionante de todas las novedades: el camino de encuentro de Dios y de los hombres, tal como ha venido a culminar en Cristo. Seguirá viviendo en una Iglesia donde comparte la fe y vive en comunión con el resto de la comunidad. Pero tendrá una experiencia personal de Dios en esa «catequesis» misteriosa que ofrece para él la propia Biblia.

Una vez conocido en general y recorrido ese gran mapa de la ciudad que es la Biblia, el catequista podrá (y deberá) detenerse en *cuestiones menores*. Le preocuparán, por ejemplo, las pequeñas unidades de los Evangelios: aprenderá a distinguir parábolas y alegorías, podrá gozar los varios tipos de milagros, entenderá mejor las colecciones de dichos de Jesús... En un momento determinado se encontrará con preguntas y cuestiones más técnicas, como por ejemplo la existencia de una *fuentes de discursos (Logia, Q)* de Jesús. Empezará a distinguir el carácter más simbólico, teológico o histórico de los relatos de la pascua. Verá quizá estratos en la elaboración del *Evangelio de Juan*, etc. Pero eso no le perturbará ni centrará tampoco demasiado su atención. Sabrá distinguir entre «hipótesis» de trabajo (documentos previos, claves redaccionales, glosas...) y texto revelado (es decir, la Biblia en sí, tal como actualmente la tenemos y leemos).

Todo eso le permitirá «sentirse en casa propia» cuando lee y comenta la Escritura. No está ya a merced de la primera o última moda de los exégetas. No depende en su comprensión de

la Palabra de aquello que otros digan. Es evidente que sentirá cada vez más curiosidad y buscará la forma de leer nuevos libros de exégesis. Pero sabrá que todos ellos resultan secundarios: lo que importa es el contacto constante y directo con la Biblia. Ella será de ahora en adelante su libro de cabecera, su auténtico y único catecismo.

Quiero repetir de nuevo esta idea: *es necesario superar el miedo*. No dejemos la Biblia para otros; ni para los profesionales de la dogmática, que a veces quisieran resolverlo todo desde un sistema elaborado de ideas; ni para los exégetas de oficio que a veces corren el riesgo de perderse en minucias olvidando el gran río de agua y vida que es la Palabra de Dios; ni para los liturgista que, en un momento determinado, pueden someter a la Biblia a la tiranía de una celebración que sigue sus propias leyes sacrales... No dejemos la Biblia para nadie. Dentro de la Iglesia podemos y debemos sentirnos libres para leerla, conocerla, interpretarla.

IV. Lectura cristiana (comprometida) de la Biblia

La *lectura catequética* de la Biblia desborda el plano anterior de tipo sobre todo cultural y nos conduce a un campo de encuentro comprometido con la palabra de Dios que así aparece como *fuerza creadora*. Podemos afirmar que el Espíritu de Dios se hace presente y actúa en la Escritura para conducir a los cristianos (a los hombres) hacia la meta de su propia maduración en Cristo.

Leemos la Biblia para hacernos plenamente humanos, es decir, para desarrollarnos de una forma intensa en el camino de la vida. Lo que Dios quiere es que seamos humanos de verdad y lleguemos a nuestra plenitud como personas, en camino de gratuidad y de apertura hacia los otros, en el Cristo. Debemos recordar que *la Biblia es el libro de Cristo*, de tal manera que los sentidos y momentos de Cristo son sentidos y momentos de la Biblia y viceversa, conforme se ha indicado en una tradición antigua popularizada a lo largo de la Edad Media.

Sobre ese fondo de indentidad entre Cristo y la Escritura quiero trazar aquí cuatro momentos importantes de la *lectura catequética* que pueden interpretarse como *momentos del encuentro con Cristo* y a la vez como rasgos fundamentales de la misma Biblia. Retomo de esa forma un argumento que había planteado hace ya tiempo en un librito titulado *Cristo y la Biblia* (Casa de la Biblia, Madrid 1971). Aquí lo asumo y explicito en forma catequética.

1. *La Biblia es Liber Pauperum* o *Biblia de los Pobres* como, a lo largo de la baja Edad Media, fueron señalando y popularizando los miles de textos ilustrados de la Escritura que unían la palabra y el dibujo, en esfuerzo de síntesis catequética. Asumiendo aquella vieja tradición he querido ofrecer mi pequeño servicio, en colaboración con G. Sánchez Cruz, elaborando y publicando así una *Nueva Biblia de los Pobres* (DDB, Bilbao 1991).

Cuando se dice que la Biblia es el *Libro de los pobres* se quiere afirmar que ella es para todos, conforme a la palabra de Jesús: «Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has manifestado a los pequeños» (*Mt* 11,25 ss). Hay otros que escriben sus propios libros de historia o propaganda, sus libros de cuentas bancarias o mentiras oficiales; hay algunos que inventan su pasado o presente, en gesto de mentira partidista o imposición dictatorial... Pues bien, en contra de eso, la Biblia es libro para todos. Por eso se recoge en ella la historia de los más pequeños: la liberación de los emigrantes nómadas y esclavos de Egipto, la aventura y sufrimiento de los derrotados de Sión, la esperanza de los perdidos y humillados de Israel. La Biblia es la historia de Jesús, el hombre asesinado en el centro de la historia. En su entrega y sacrificio cabe (encuentra su sentido) el sacrificio de todos los hambrientos, exilados, encarcelados y enfermos de la tierra (*Mt* 25,31-46).

Los libros de este mundo resultan partidistas al servicio del sistema o para bien de los triunfadores. La Biblia, en cambio, empieza siendo partidista pero en favor de los más pobres

para que, de ese modo, en gesto de gratuidad creadora, encuentren su lugar y su sentido en ella todos los hombres de la historia.

Quiero insistir en esto. La catequesis debería *devolver la Biblia a los pobres* para que ellos se descubran «propietarios» gratuitos del tesoro más grande de la tierra: tienen la palabra. Ellos, los pobres, siguen siendo los protagonistas de esta historia abierta; de ellos se está hablando cuando se narra la salida de Egipto, cuando se alude al futuro de las promesas, cuando se cuenta la muerte de Jesús...

Los hombres en general buscamos otras propiedades y riquezas: queremos fundar la vida en intereses de poder, en formas de dominio económico. La *revolución bíblica* consiste en descubrir que todo eso es, a la postre, secundario. El mayor de los valores de los hombres es ahora *la palabra*. Todos, especialmente los pobres, son ricos y nobles porque son protagonistas de la historia de Dios sobre la tierra. Todos constituyen una misma raza y pueblo, en sentido espiritual profundo: son hijos de Adán, herederos de la promesa de Abrahán, destinatarios de la palabra de esperanza contenida en los libros de Isaías, Jeremías y todos los profetas.

En este primer plano, la Biblia viene a presentarse como *palabra de gracia*. No hemos inventado la vida, pero hemos creado nosotros los caminos del futuro; la vida se nos ha dado como regalo, los caminos del futuro ya han sido trazados desde antiguo en la historia de salvación iniciada por Abrahán. Como palabra de Dios en medio de la historia de los hombres, la Escritura nos hace capaces de reconocernos: sabemos lo que somos, tenemos un sentido sobre el mundo. Todo eso lo tenemos como don de Dios, desde la misma pobreza y sufrimiento de la historia. Que los pobres se descubran propietarios de la Palabra de Dios y herederos de la gloria: esa es la primera de las tareas de la catequesis bíblica.

2. *La Biblia es Liber Liberationis*, o mejor, es un *manual de liberadores*. No la leen y acogen solamente los pobres que es-

peran con paciencia la llegada del reino, sino también aquellos que se comprometen en la tarea de adelantar por la justicia y el amor la llegada de ese reino.

Existen actualmente todo tipo de *manuales*: libritos que enseñan a manejar un aparato, libros de texto para utilizar un idioma o aprobar (nunca aprender de verdad) una asignatura, esquemas de acción política o militar... Suelen ser instrumentos para una praxis: no valen en sí mismos, no se leen por el placer de leerlos sino sólo en la medida en que nos ayudan a realizar (mejor) una determinada tarea.

Pues bien, en cierto sentido, la misma Biblia es *libro de praxis* y así debe descubrirlo el catequista: es libro para orientarnos en los caminos de conflictividad del mundo, asumiendo siempre la tarea de los pobres y poniéndonos, con ellos y para ellos, al servicio del reino. Para decirlo con *Mt 11,5*, indicaremos que la Biblia es libro para evangelizar, esto es, para ofrecer camino de liberación y esperanza a los pobres. Teniendo esto en cuenta escribí hace unos años un manual de lectura bíblica aplicada con el título de *Anunciar la libertad a los cautivos. Biblia (palabra de Dios) y catequesis*, Sígueme, Salamanca 1985.

Ciertamente, la Biblia es un libro que cuenta la historia de Dios con los hombres, ofreciendo identidad (ciudadanía y sentido) a los más pobres. Pero, al mismo tiempo, ella debe interpretarse como *manual de acción intensa o praxis de liberación humana*, como han indicado muchos exégetas de los últimos decenios, no sólo en América Latina, sino en todos los contextos de la Iglesia.

Aquí está para muchos la dificultad mayor de la Escritura: sólo se entiende si se aplica; sólo se conoce de verdad su contenido y su eficacia cuando se pone en práctica. No por mucho interpretar detalles eruditos (¡cosa buena!) se conoce más la Biblia; no por mucho discutir trasfondos meramente literarios, con citas hebreas o arameas, se descubre mejor y se realiza con más fuerza la tarea de liberación que marca la Escritura.

Conocer la Escritura es asumir su gracia (¡descubrirnos liberados siendo pobres!) y expresar de una manera más fuerte su exigencia de liberación, al servicio de los otros pobres de la tierra. Eso significa que la Biblia es *libro misionero*. Es el manual de la gran marcha que los fieles de Jesús (siguiendo a los hebreos liberados de otro tiempo) asumen y realizan en búsqueda del reino.

Este libro de revolución radical (de misión liberadora) constituye eso que pudiéramos llamar el mapa de exploración para la nueva realidad. No sabemos de antemano adónde vamos, porque nadie ha recorrido todavía del todo esos caminos. Pero tenemos una especie de libro de ruta dirigido hacia el futuro de la nueva ciudad, en clave de solidaridad y de justicia liberadora.

Aquí debemos retomar la imagen tan utilizada de la Biblia como «ciudad antigua» donde quedan viejos barrios y callejas que debemos explorar, descubriendo así nuestro pasado. Pues bien, en gesto de transformación sorprendente, esa vieja ciudad bíblica viene a convertirse en maqueta y proyecto de la nueva ciudad de los humanos, tal como lo han venido a destacar en formas convergentes tanto *Ez* 40-48 como *ApJn* 20-22. El camino de liberación trazado por la Biblia nos conduce a la nueva creación, que es la ciudad de Dios para los hombres, siendo ciudad de los hombres liberados.

3. *La Biblia es también un Liber Orantium*, es el *Libro de oraciones* de la Iglesia. Ciertamente, partiendo de la Biblia, se han hecho (como hemos indicado ya) otros libros de plegaria llamados a veces Misal o Ritual, Breviario u Oficio de las horas. Pero el libro clave de oraciones, libro en que se incluye el Salterio y los grandes Himnos del NT (*Lc* 1; *Ef* 1; *Col* 1; *ApJn*) es la Biblia. Ella nos transmite el ritual de la pascua antigua (*Exodo*), lo mismo que los relatos o fórmulas litúrgicas de la Eucaristía (*Mc* 14, 22-26 par) y del Bautismo (*Mt* 28, 16-20).

Al principio de este trabajo, decíamos que los cristianos hemos aprendido a descubrir e interpretar la Biblia en la liturgia de

la Iglesia. Pues bien, hecho el recorrido por el tema, debemos afirmar que ella nos lleva de nuevo a la liturgia cristiana, que ahora viene a presentarse como anticipo de la gran fiesta celeste que buscamos a través de eso que hemos llamado el camino de liberación (orientado y animado por la misma Escritura).

Estos dos aspectos deben vincularse. No se puede hablar de una *Biblia de Liberación* si no se habla, al mismo tiempo, de una *Biblia celebrativa* y viceversa. Conoce de verdad la Escritura aquel que sabe cantarla, descubriendo en ella los motivos principales del gran coro de los serafines de *Is 6* o la liturgia de los liberados, que han vencido la opresión del mundo, y cantan ya con Cristo, el Cordero sacrificado, el himno nuevo de la gloria en *ApJn*.

Esta no es una liturgia desordenada, puramente improvisada, sino la fiesta de aquellos que *cantan con Jesús* porque conocen su camino, tienen experiencia de su pascua y saben que esa pascua se anticipa desde el mundo en el anuncio de la fiesta de los cielos. En esta pascua se incluyen todos los caminos de la historia de la salvación, tal como ha querido señalar mi libro *Para leer la historia del pueblo de Dios* (Verbo Divino, Estella 1990).

Los que antes aparecían como *pobres* (agraciados por Dios, enriquecidos por la Palabra de la salvación), los que hemos visto después como *liberadores* (comprometidos en la exigencia de justicia), vienen a presentarse ahora como *ángeles cantores*. Lo angélico no es sólo una nota lejana del reino de los cielos, no es un signo de evasión o infantilismo. Lo angélico es el gozo de aquellos que, fundados en la voz de la Escritura, se sienten capaces de cantar desde este mundo la gloria de Dios.

Sólo el gozo transforma de verdad nuestra existencia; sólo el gozo compartido es signo pleno de la redención de Cristo sobre el mundo. Por eso decimos que la Biblia es libro de gozo y canto. Todas las voces de la historia bíblica, todos los caminos de angustia y sufrimiento de los hombres, se vinculan, al fin, en esta armonía suprema del perdón y gracia de los libe-

radores que cantan con todos los hombres el gran himno de la gloria de Dios.

4. *Finalmente, la Biblia es Liber Doctrinae*, es el libro de la doctrina de la Iglesia. En este sentido queremos acabar diciendo que ella constituye nuestro verdadero *catecismo*. Queremos, a veces, compendios de claras verdades, de ideas distintas, precisas, bien organizadas, al modo cartesiano, sobre una tabla de coordenadas y abscisas. Eso es útil, en un plano de ciencia, pero puede resultar no sólo inútil, sino también equivocado en el nivel de la doctrina cristiana.

Por eso, es hermoso que los fieles de Jesús no estemos sometidos a un librito de razones clasificadas «more geometrico». Nuestro manual de riqueza y acción, de plegaria y doctrina, es el libro profundo y multiforme de la Biblia donde se inscribe nuestra historia y nuestra vida en la vida de Jesús, el Cristo.

Se ha dicho a veces *lex orandi - lex credendi*: creemos de verdad en lo que oramos. Podemos indicar también que la *lex credendi* se vincula a la *lex liberationis*: la que nosotros asumimos en el centro de la Iglesia. Dentro de la Biblia, la doctrina no se expresa en forma de argumentaciones conceptuales, como tabla de verdades o teorías. La doctrina es la misma historia de Jesús, abierta al mismo tiempo hacia Dios y hacia los hombres. Esto es lo que he querido indicar en un libro titulado *Antropología Bíblica* (Sígueme, Salamanca 1993), que lleva como subtítulo *Del árbol del juicio al sepulcro de pascua*: precisamente en el camino que conduce del árbol del paraíso (Gén 2-3) con la caída de los hombres y la promesa de Dios (al menos implícita) al sepulcro vacío de la pascua (donde se expresa toda la violencia humana y la gracia salvadora de Dios) tiene sentido la *doctrina fidei*.

La Iglesia no tiene otro *dogma* que aquel que se encuentra reflejado en su camino de salvación bíblica. Por eso, allí donde la catequesis nos introduce en el misterio de la Biblia, haciendo que podamos entenderla y asumirla por dentro, nos está llevando al mismo centro de la dogmática eclesial.

Ciertamente, han existido *concilios* en la Iglesia; ellos han sido y siguen siendo fundamentales para expresar y proclamar la fe cristiana. Pero ellos no crean la fe, no trazan dogmas nuevos; simplemente quieren expresar el «dogma» o doctrina fundante de Jesús tal como ha sido expresado por la Biblia. Así debemos afirmar: la catequesis nos introduce, por medio de la Biblia, en el mismo centro de la dogmática cristiana.

Por eso debemos superar el posible *imperialismo teológico*, que nunca ha sido propio de los teólogos «de raza» (como Rahner o Barth, como Bultman o Congar), sino de aquellos que, pretendiendo apoyarse en las doctrinas de los otros, han construido una especie de manual de teorías o afirmaciones cristianas. En contra de eso, tenemos que volver al centro de la experiencia cristiana, tal como aparece formulada en la Escritura que hemos visto ya como libro de la gracia de Dios (para los pobres) y libro de liberación que nos permite cantar la gloria de Dios sobre la tierra.

Esta *verdad bíblica*, que acaba siendo contenido de la catequesis, no es algo nuevo o distinto, sino aquello que hemos ido descubriendo en cada uno de los momentos anteriores. Entendida de esa forma, *la Biblia es libro difícil*, porque nos lleva al lugar donde debemos superar el egoísmo y la soberbia naturales de la vida, pero es, al mismo tiempo, el libro de *lectura más fácil*, pues desvela aquello que es el don originario, la gracia fundante y el misterio de la salvación de Dios para los hombres.

NOTA FINAL. No he querido ofrecer una bibliografía especializada sobre los temas que aquí estudio; podrá encontrarse fácilmente en las obras de introducción a la lectura de la Biblia (de historia de la exégesis, de hermenéutica, etc.). Me he permitido citar algunos de mis libros no porque los considere primordiales, sino porque me sirven para expresar mejor lo que aquí he dicho en forma resumida.